

—Yo no quiero ir á la derecha.

Y el Mariscal llora como un becerro, segun la misma expresion del narrador. ¡Hi! ¡hi! ¡hi!

—Pues bien, caballero Mariscal, entonces precisa ir á la izquierda.

—¡Yo no quiero ir á la izquierda! ¡Hi! ¡hi! ¡hi!

Antes de salir del Eliseo, los ministros, segun el deseo que les habia expresado el mariscal de Mac-Mahon, pasaron á casa de la mariscala donde encontraron á d'Harcourt, el hombre tan distinguido, sentado sobre una mesa y sacudiendo sus piernas cadenciosamente.....

La Historia se detendrá mucho tiempo en esta represion de la Commune, porque suministra una indicacion muy exacta acerca de la debilidad mental de los jefes del partido conservador y asimismo acerca de su falta de todo sentido moral; no tienen ni conciencia, ni razon de Estado, ni energia, ni justicia, ni piedad; huyen como cobardes ó matan como brutos sin saber por qué huyen, ni por qué degüellan; dejan renovar en los transportes de prisioneros, que se diezman en el camino para aligerar el convoy y activar la marcha, las escenas de costumbres bárbaras, las desfiladas de Cimbros y Teutones cautivos cuyo recuerdo han evocado Teófilo Gautier y Pablo de Saint-Victor en páginas inolvidables, pintando Versalles durante la Commune.—Después acaban delante de un Gambetta que hace ¡boum! ¡boum! con sus 363; derraman á torrentes la sangre de pobres patates inocentes y sonrien cuando, algunos años después, ven en la tribuna á Félix Pyat, que les insulta y hace burla de ellos.....

LIBRO QUINTO.

El Socialismo actual.—Los Partidos.

La situacion es revolucionaria pero los hombres no lo son.—Una palabra del cardenal Guibert.—La dulzura de vivir.—Únicamente se atiende á lo verbal.—El caballo prefecto de policia.—La division de los partidos revolucionarios.—Los jefes de escuela.—La lucha entre Guesde y Broussé.—El Rodin del partido socialista.—El socialismo presupestivero.—Julio Guesde y los guesdistas.—Chirac acusador público ante un Tribunal de Justicia.—El Colectivismo.—La socializacion de los instrumentos de trabajo.—Carácter particular de los doctrinarios que solo deducen una conclusion absoluta de lo que existe ya de hecho.—¿Quiénes son los verdaderos destructores de la familia?—Ephrussi y el conde de París.—Lo que dice el pan cuando se lo corta.—Un emperador que se rompe sus pantalones por ir mas deprisa á la Sinagoga.—El Anarquismo.—Un anarquista restablece el orden en las audiencias de tribunales.—Los anti-propietarios.—Emilio Gautier.—Papel de la policia y de los Judíos en las reuniones públicas.—La Anarquía general.

Después de haber seguido, al través de tantos regímenes diferentes, el génesis de las ideas socialistas en Francia, fáltanos estudiar cuál es la organizacion de los partidos socialistas en estos momentos, cuáles son las grandes clasificaciones, las escuelas principales y los jefes influyentes.

Raras veces hubo estudio de mayor actualidad. Ya no se trata de democracia, como decia Royer Collard, se trata del socialismo que corre desbordado. El país está en todas partes revolucionado y en otros tiempos parecería evidente que solo nos separan algunos meses de la catástrofe final.

Conviene, no obstante, para continuar fieles en nuestro

método de riguroso análisis, reconocer que si la situación es absolutamente revolucionaria, los hombres son infinitamente menos revolucionarios que la misma situación.

Cuando el meeting de la esplanada de los Inválidos, un eclesiástico, honrado con la amistad del cardenal Guibert, de venerable memoria, temió que el arzobispo estuviese azorado por todo aquel ruido que se metía tan cerca de él, y fué á verle para hacerle compañía. Encontró al anciano muy tranquilo y á punto de dar tranquilamente de comer á los pájaros de su jardín; y como le hablara de lo que pasaba en París, respondióle Mgr. Guibert, con el acento particular hijo de cierta finura campesina en todas las palabras del santo sacerdote. «No tengais cuidado, amigo mio, sabed que en nuestra época en que se charla mucho, nadie quiere exponer su pellejo.»

En el fondo, este fin de mundo tiene el encanto de todo lo que acaba. Es por demás que la existencia sea dura, inquieta, entristecida por vergüenzas que afligen el corazón del patriota, cada uno saborea la alegría de vivir como se saborea el último sorbo de licor que ha quedado en el fondo del vaso, el último rayo de sol de otoño, la postrera canción del ave en el bosque ya deshojado...

En cierto modo es una impresión física. El enfermo, agitado ya por los estremecimientos precursores de la muerte, goza más voluptuosamente que un sano de un bienestar pasajero, de una hora de mediana salud y de alivio en el padecimiento. Un hombre en el lleno completo de todas las fuerzas de la juventud, muchas veces millonario, para quien el Destino sólo tiene sonrisas, tendrá mucho menos apego á la vida que un viejo pobre desdentado, cacoquímio, abrumado por enfermedades y reducido á pedir á la caridad pública los medios de prolongar sus días miserables.

¡Cuántos Mecenas andrajosos que entonan el mismo himno á la vida que el favorito de Augusto cuando se le paseaba impotente y paralítico al través de las magnificencias de los jardines de Salustio: «¡Todo! ¡con tal que yo viva!»

Si el partido revolucionario contara todavía con un pequeño ejército como el que hizo las insurrecciones de abril de 1834, las jornadas de febrero, las jornadas de junio, sería dueño de París desde mucho tiempo. Si los Católicos tuvieran hombres del temple de los Cadoudal, los Saint-Rejan, los Limoelan, los Coster de Saint-Victor, luego estaría derribado este gobierno desarreglado.

Suponed que hubiese quedado impune cuando aún existían en Francia seres de temperamento violento y osado, un monstruoso atentado contra una mujer, culpable sólo de querer oír misa ántes de ir á su trabajo. Habría tenido seguridad de su cometido el miserable sub-prefecto Balland, que contaba alegremente, en todos los malos sitios del país, la agonía de la pobre Enriqueta Bonnevie, que debiera llamarse Enriqueta Bonne Mort, porque ahora ha de estar en el cielo. Tres ó cuatro jóvenes, hábiles cazadores, buenos tiradores, aptos para ocultarse entre malezas, se habrían dado la consigna de uno á otro extremo de Francia; habrían cogido al asesino en el camino, habríanle arrastrado á un bosque, juzgado sumariamente y ejecutado. El Goblet espantado habría hecho enterrar el carño sin ruido, y todos los Balland de Francia, debidamente avisados, se habrían muy bien guardado en lo sucesivo de asesinar á humildes mujeres que desearan tener misa ántes de comenzar su jornal.

No digo que esos hombres hubiesen obrado bien; digo sencillamente lo que habrían hecho. Es una observación psicológica, y así lo comprendéis ¿no es verdad? Yo soy un simple psicólogo, como Bourget.

Es evidente que los caracteres se han afeminado. Son muy diferentes los realistas actuales de los conspiradores como el duque de Rivière, el duque de Polignac, que, entrados en Francia en mitad de la noche, en deshecha tempestad, por la costa de Blainville, atravesaban, condenados á muerte como emigrados, un país vigilado por los gendarmes é intentaban derribar un hombre como Bonaparte, rodeado de un ejército adicto. Son muy diferentes los hombres del 16 de mayo de los tahures intrépidos y fríos del 2 de diciembre.

«¡De prisa!» gritaba María-Antonieta al verdugo. «Un minuto más, señor verdugo!» suplicaba la Dubarry. La sociedad actual, sociedad de mercenarios, de jockeys, y de farsantes vulgares, no muere con la dignidad de la reina. Reclama una próroga de unos cuantos segundos con el acento desesperado de la niña...

Se ha recordado á menudo lo dicho por Pablo de Cassagnac al duque de Broglie, en el momento de la expulsión de los Dominicos de la calle del barrio Saint-Honoré. Ambos habían llegado un poco tarde, y, para hacerles entrar en el convento, hubo necesidad de arrimar una escalá. Pablo de Cassagnac ayudaba al duque de Broglie á subir: «¡Ah! señor duque, dijo el escritor al antiguo ministro, si hubiereis tenido alguna más energía el 16 de mayo, no estaríamos en esta escalá.»

Si el duque de Broglie hubiese sido sincero, hubiera podido contestar á M. Pablo de Cassagnac: «Por cierto que prefiero aun encontrarme en esta escalá al riesgo de haber sido ahorcado.»

Al bajar de la escalera, el académico que acababa de cumplir su deber protestando, estaba seguro de volver á encontrar su palacio, sus amigos, su gabinete de trabajo, obtener merecido éxito en la Academia leyendo algun pa-

saje del *Secreto del Rey*—é *in petto* dábase el parabien de haberse detenido á tiempo.

Mac-Mahon ratiocinó del mismo modo. En vano ha creído ensalzarle Saint-Genest llamándole todos los días: «El Bayardo de los tiempos modernos.» Ya me carga ese tal con su Bayardo, dijo el Mariscal para sí; ignoro lo que hubiere hecho Bayardo en mi lugar, yo vuelvo tranquilamente á mi casa y compro bosques para ir á cazar en ellos con toda comodidad.

Lo mismo sucede con los revolucionarios. Los más pobres tienen sus placeres: las reuniones, los aniversarios, las conversaciones en la templada atmósfera de la taberna, el vaso de absinthe saboreado entre compañeros, la excelente pipa fumada reorganizando la sociedad. Dado el estado á que ha caído la autoridad, van tan allá como quieren y no se cuidan de ir á vias de hecho, de arriesgar la cárcel.

Demostración elocuente de ese estado de ánimo es lo que pasó cuando el asunto Wilson.

Todo rodaba por los suelos: Presidencia, Ministerio, Asamblea, Magistratura, Prefectura de Policía. En otros tiempos, pandillas irresistiblemente empujadas se habrían precipitado amenazadoras y vociferando á los enverjados del Eliseo. Todos los partidos hubieran intentado un movimiento, organizado un alboroto diciéndose que todo, en aquellos momentos de desorden, está al capricho de la casualidad, y que Lagrange, disparando un pistoletazo en el momento oportuno, consiguió transformar, un motin terminado ya en una revolución que nada pudo detener.

Nadie se movió. Charette se fué á la *Poule au pot*, el pequeño cenáculo orleanista, establecido en el primer piso de la casa Durand. Los jefes revolucionarios fuéronse á perorar en algunas reuniones, pero nadie se cuidó de empeñar la partida. Cada uno se dijo: «Deseo quedar libre para leer

mañana los periódicos que seguramente serán muy interesantes.»

En efecto, el periodismo que siembra tantos odios en los corazones, sirve sin embargo de válvula á las pasiones. Como ciertos venenos, desagrega el organismo, pero hace durar el enfermo.

En las razas en decadencia el *Verbal* y el *Scripturaire* hacen las veces de la acción. El periodismo alivia la conciencia de los electores indignamente engañados por sus diputados, endulza la ira que brama en el fondo de todas las almas.

El instinto de justicia se declara satisfecho cuando se ve al viejo malhechor Grevy, que ha presenciado impasible, sin probar siquiera hacer un esfuerzo para detener el mal, todos los atentados de esta época, forzado á abandonar vergonzosamente el Eliseo, entre las rechiflas de toda una nación, como un agente de negocios macado cogido con el cuerpo del delito.

Después de haber leído en un periódico que Ferry es el último de los miserables, el más innoble de los pícaros, que debería escupirsele á la cara, abrumarle á puntapiés al trasero, tiénese menos deseo de hacerlo realmente, y uno se contenta con esa ejecución en efigie. Todos los partidos experimentan el mismo sentimiento. Un católico, indignado por algún acto infame de un prefecto republicano, se calma cuando ha leído en su periódico, con los comprobantes necesarios, lo que era ese prefecto: el hijo de un presidario, un estafador, un rufian. Este comienzo de reparación tranquiliza, y la ira cede el puesto al disgusto.

Totalmente indiferentes á cuanto atañe á la honra los hombres que nos gobiernan, no temen de ningún modo legar á sus hijos un nombre que, comunmente, estaba ya tachado, cuando lo recibieron de sus padres; ven sin disgus-

to esta satisfacción dada á la honradez pública, puesto que nada hay en ello que les prive de cobrar sus sueldos.

La Sociedad se sostiene pues todavía como los escombros arruinados que un puñetazo echaría por los suelos, pero que á nadie se le ocurre darles el golpe de gracia.

¿Quién mantiene el orden? Nadie. El prefecto de policía, llámese Camescasse, Gragnon ó Lozé, se asegura, á la mañana de cada asonada anunciada de que esté muy libre la escalera secreta por donde piensa escaparse; los inspectores de policía tienen todos su disfraz preparado; el guardia municipal solo pide ir á beber el cuartillo con el pueblo victorioso; solo, el caballo del guardia civil protege todavía nuestras instituciones.... El pobre animal cuando se ve en medio de las turbas, se encabrita todavía, y los amotinados huyen espantados. Este caballo prefecto de policía es el sucesor directo del Incitatus que fué cónsul en Roma, y la historia de este caballo cónsul, que tan mal nos explican en el colegio, debe responder á una situación análoga á la nuestra, á una palabra de Emperador llena de soberbio desprecio por los Romanos degenerados....

Las divisiones que reinan entre los revolucionarios contribuyen á aplazar el cambio definitivo que no se producirá, en mi concepto, sino á consecuencia de una guerra ó de un suceso imprevisto.

No entra en mi plan referir extensamente las querellas de los partidos socialistas y entrar en el pormenor de los grupos que en ellos se han formado sucesivamente. Los interesados en esta cuestión tienen, desde ahora, un guía excelente: la *Francia socialista* de Mermeix, notable por su claridad de exposición y que, según dicen los socialistas, es perfectamente exacto en la relación de los hechos.

Pocas palabras bastarán para el resumen de la historia de esas guerras intestinas.

Mientras que los proscritos de la Commune sufrían en el extranjero la influencia de Karl Marx, los obreros residentes en París intentaban, bajo el nombre de *Círculo de la unión sindical obrera*, una agrupación donde dominaban las ideas más prudentes y más moderadas.

Hasta 1876 en que Julio Guesde entró en el diario los *Derechos del hombre*, no comenzó en los centros obreros la propaganda á favor de las teorías marxistas. En un principio le costó trabajo hacer aceptar el sistema colectivista.

En el congreso de Lyon, en 1878, se hizo la primera proposición colectivista en una asamblea francesa. Presentáronla dos guesdistas: Dupéré y Ballivet, y estaba formulada así:

Considerando:

Que la emancipación de los trabajadores no será un hecho consumado hasta que estos disfruten del producto integral de su trabajo;

Que para conseguir esto es necesario que los trabajadores sean los detentores de los elementos útiles á la producción: primeras materias é instrumentos de trabajo.

Consignientemente,

El congreso invita á todas las asociaciones obreras á estudiar los medios prácticos para aplicar el principio de la propiedad colectiva del suelo y de los instrumentos de trabajo.

Esta proposición fué desechada. En esta fecha el proletariado francés se declaraba pues claramente partidario de la propiedad individual.

En el congreso de Lyon se había decidido que, durante la Exposición, se reuniría un congreso internacional en París en el mes de agosto. La policía prohibió este congreso. La comisión de organización quería someterse, pero Guesde y sus amigos decidieron abrir el congreso de todos modos.

Fueron detenidos al presentarse en casa de M. Finance, calle de Entrepreneurs, en Grenelle, donde debía verificarse la reunión. Comparecieron 38 acusados delante del 10.º Tribunal y Guesde presentó la defensa colectiva.

Esta defensa, muy hábil, fué impresa profusamente, por centenares de miles de ejemplares, y puso en definitiva á Julio Guesde y á sus amigos en evidencia.

El congreso de Marsella, celebrado en octubre de 1879, fué un triunfo para Guesde; votóse en él la redacción de un programa colectivista.

Julio Guesde pasó á Londres y redactó el programa con Karl Marx y otros tres colectivistas: Engels, Lafargue y Lombart.

El año 1880 vió el apogeo del poder de Guesde en el partido socialista.

Entonces apareció Brousse.

Antiguo amigo de Guesde, pero envidioso de su influencia y descontento por no haber sido consultado para la elaboración del programa, organizó Brousse una conspiración subterránea contra el representante del Colectivismo á quien acusaba de aspirar á la dictadura.

Comenzaron las hostilidades en el congreso de Reims, en octubre de 1881, pero la escisión quedó en estado latente hasta la elección de Joffrin en Montmartre el 18 diciembre de 1881. A este se le acusaba de haberse separado de los términos rigurosos del programa.

A consecuencia de una polémica entre la *Egalité*, periódico de Guesde, y el *Proletaire*, periódico de Brousse, Guesde echó en cara á sus adversarios el epíteto de *posibilistas*. El *Proletaire* citó á Guesde ante la Unión federativa del centro que estaba en manos de Brousse, y, en el congreso de Saint-Etienne, en setiembre de 1882, fueron condenados Guesde y sus partidarios.

Los Guesdistas se retiraron entonces del congreso y fueron á celebrar un congreso rival en Roanne.

A contar de esta época el partido socialista quedó irremediabilmente dividido.

Hubo en él:

Los Posibilistas con Brousse.

Los Colectivistas con Julio Guesde.

Los hombres de vanguardia, fatigados con todas estas luchas, formaron un tercer partido y se llamaron Anarquistas.

Los Blanquistas, á quienes las discusiones de escuela han dejado siempre indiferentes, continuaron formando seccion aparte.

¿Cuál es, á punto fijo, la doctrina de Brousse y del partido obrero? Dícese que el partido es más avanzado que sus jefes y el programa es más avanzado todavía que el mismo partido.

Lo cierto es que Brousse pasa en concepto de todos por el malo de los malos. «Es el Rodin del partido socialista,» murmuran, y comprendéis la habilidad que supone esta palabra Rodin en personas que creen todavía en las novelas de Eugenio Sue.

Á decir verdad, Brousse, que es sobrino, creo, de Mgr. Ginouilhac, parece haber dado prueba de la destreza digna de los prelados diplomáticos de antiguos tiempos.

Oriundo Brousse de Montpellier, fué algun tiempo redactor de los *Derechos del hombre* cuando Guesde era su director. Salió de Francia á consecuencia de una condena á tres meses de cárcel por delito de imprenta, alióse con Bakounine, blasonó de opiniones anarquistas, luego, después de un altercado pasajero, se reconcilió con Julio Guesde, y se introdujo en el partido colectivista para disolverlo. Sobresale también, según opinión de los mismos que le apoyan, en ingresar en un grupo totalmente formado, escoger en él

los elementos que él pueda utilizar y disciplinar y en separar los jefes de sus soldados.

Brousse tiene gran ventaja sobre los demás revolucionarios; posee sesenta mil libras de renta, y, por medio de recibos firmados por cantidades mínimas, logra tener servidores y vasallos socialistas relativamente influyentes pero siempre escasos de dinero.

Sin tener tantos expedientes como Wilson, quien tiene 22,000, Brousse tiene muchos papelitos y se sirve de ellos. Esta coleccion de documentos cuidadosamente puestos de manifiesto le permiten amenazar con una ejecucion pública á cuantos quisieran sustraerse de su despotismo. Según antiguos socialistas, ese despotismo ha sido nefasto y el reinado de Brousse ha introducido la delacion, la mentira, la violencia y los odios en el partido obrero.

En el fondo, aunque moleestado Brousse por la etiqueta socialista que él se habia dado, aspiraba á reemplazar á Clemenceau como éste aspiraba á reemplazar á Gambetta, á fundar una nueva extrema-izquierda, una nueva fábrica de candidaturas. Posibilistas, Clemencistas, Oportunistas, olivo y aceituno es todo uno, y debe decirse que, para un hombre hábil, nada hay práctico fuera del sistema seguido por Gambetta y Clemenceau, tocar el tambor en torno de un programa vago, halagar algo á la opinion, formarse una clientela adicta entre los hombres que tienen alguna autoridad y satisfacerles luego con el presupuesto.

Esto podría llamarse el socialismo presupuestivo.

¡Qué excelente presa! Esos miles de millones del presupuesto, esos miles de millones que el pobre país extenuado, muriendo de hambre entrega sin protestar y con la docilidad servil particular de Francia, es estar á pan y á cuchillo. Solo falta cortar pan, hacer rabanadas más ó menos anchas, según el apetito y la importancia del convidado, pero siempre se acaba por un arreglo.

Cierto que no pueden comer todos á la vez, pero se toma recibo á cuenta. La entrada en el Ayuntamiento es el aparcador á pié firme que antecede al comedor, es el lunch anterior á la comida...

Por mezquino que parezca un presupuesto de 300 millones no es para desdeñado. 300 millones para una ciudad que no se conserva ya, donde las calles hieden, donde se suspende á cada instante la distribucion del agua, donde se asesina á cada esquina de calle; personas poco escrupulosas y que obren de comun acuerdo, han de poder hincar la uña allá dentro. El mecanismo rentista es sencillo: se aumentan los gastos y se escatima para los pobres. El presupuesto de la Asistencia pública era en 1878 de 13.593,000 francos, ahora es de 21.830,000 francos; en desquite, se han vendido rentas, se ha suprimido una jornada de enfermos, se ha privado á los enfermos el uso de la leche.

Los concejales, sus amigos, sus electores, sus queridas, las queridas de sus amigos y de sus electores, todo un pueblo de republicanos parásitos viven del presupuesto.

La ley, por ejemplo, estipula formalmente que los cargos municipales sean gratuitos; los concejales de París no han dejado por esto de abonarse 3,750 francos anuales de sueldo (1) (300,000 francos repartibles entre 80). Añadid á es-

(1) Los concejales conservadores, que están casi todos en brillante situacion de fortuna, cobran como los compañeros, pero cobran con gesto púdico y amedrentado; de buena gana contestarían lo que Baour-Lormian en una circunstancia casi análoga.

El poeta habia recibido de Napoleon una pension de 12,000 francos, y, cuando vino la Restauracion, fué el primero en desahogarse en invectivas contra el usurpador y el ogro de Córcega.

—Yo creia que cobrabais una pension del tirano, le dijo un cofrade.

—¡Oh! ¡miserable! ¡muy cierto es!...

—Habriais podido no cobrarla.

—No conoceis á Bonaparte. Cada tres meses hacia llamar al ministro de Hacienda: «Ha cobrado Baour-Lormian su pension?—Sí, señor.—¡Ah!

tos, hasta para los que no tienen grandes ocupaciones que digamos como Lefèvre-Roncier ó Marsoulan, 3, ó 4,000 francos que les dan sus directores. Pero esto no es precisamente la propina, sino el medio cuartillo, el traguito...—¿Votarás este proyecto, verdad?—Es que...—¡Bah!... Hacedlo por mí... Ya sabeis que yo soy un amigo, cuando necesitais 25 luises.—Callad, precisamente hoy...—¡Qué casualidad! ¡tomad! cabalmente tengo esta cantidad en el bolsillo... Satisfecho de serviros.

Cierto que esto no vale los golpes maestros de los Leon Say, Leon Renault, Granet, Wilson, Raynal Bône y Guelma, los Convenios, pero ayuda á vivir y los politiquillos subalternos se contentan con esto... mientras tanto esperan.

En efecto, se comprende que no hay más que esperar. El poder se parece á las casas de celosias cerradas de las ciudades de guarnición los días de fiesta militar; todos los cuerpos de ejército acuden á su puesto y se oyen las voces envinadas de los que se impacientan abajo.—¡Hé, allá arriba! ¿Acabasteis? ¿Llega pronto mi turno? ahulla Clemenceau á Gambetta.—Y apenas está Clemenceau en la escalera ya le grita Brousse que se apresure...

Así se comprende la desesperacion de toda esta gente cuando Boulanger apareció. Quedaba interrumpida la serie, cortada la fila, suprimido el turno de avance...

muy bien.—Sino hubiese cobrado, me habria hecho fusilar como al duque de Enghien.»

Los concejales conservadores habrian perfectamente podido publicar un aviso colectivo y decir: «Si se admite el principio de la retribucion de los cargos municipales concédase un sueldo á los concejales de los 37,000 ayuntamientos de Francia. Hasta entonces conste que nosotros no cobramos y que los republicanos cobran.» El mismo público en este caso hubiera quedado sorprendido de ese desinterés.

¡Cosa extraña! Leven es el único que jamás ha querido cobrar. Parece que por otro lado recobraba lo que rehusaba por otro; pero, al fin, respetaba el principio.

Todos los que el día antes se zaherían, abrazáronse en odio al intruso. Clemenceau protestó que era indigno y que no había él tenido bastante. Joffrin declaró que él no había tenido nada absolutamente, y, entusiasmados, fundaron la Sociedad de los Derechos del Hombre.

Con esto pudo el pueblo divertirse un rato. En vano Joffrin trató á sus electores de «nulidades,» no por esto fué menos silbado en París mientras Dumay lo era en Lyon (1).

Julio Guesde y el reducido grupo de hombres de valor que le ha permanecido fiel aspiran á muy distinto interés que Brousse y sus politicones.

Muy digna de observacion es la individualidad del jefe del Colectivismo francés, y puede sacarse mucho provecho del estudio de este hombre, de sus luchas y de sus teorías.

No es un intrigantuelo político, sino un hombre convencido, apasionado.

(1) Brousse, como todos aquellos cuya habilidad se envanece de antemano parece en esta circunstancia haber sido medianamente hábil y que no pudo realizar el juego de manos que contaba hacer aceptar al *populo*. Cierta que *populo* ha sido engañado tantas veces, tan á menudo, que comienza á ser algo desconfiado.

En una reunion, calle Pouchet, donde se habia presentado para dar cuenta de su mandato, el concejal del barrio de Epinettes vióse apuradísimo y abrumado por los gritos de: «¡Vete á la calle Cadet! ¡Abajo los traidores!»

Hé aquí, además, según el *Intransigente* del 10 de agosto, la protesta que redactaron los electores indignados al salir de aquella reunion.

«El llamado Brousse se ha aprovechado solapadamente de las exequias del ciudadano Eudes para dar cuenta de su mandato.

»No obstante el pico de doscientos palmoteadores próximamente, la jornada no ha sido afortunada para el posibilismo; comenzada la sesion á las ocho y media, se levantó á las nueve y cuarto, la reunion más agitada á cada instante, se negó á escuchar á M. Brousse.

»Los electores protestan contra las agresiones de que se han visto víctimas. El ciudadano Anquetil ha sido herido gravemente en la cabeza y en la espalda á vergajazos, y mordido en la mano.

»Los ciudadanos infrascritos protestan contra estos medios indignos de ahogar toda discusion.»

Con sus largos cabellos, su cara de óvalo regular, sus ojos muy enérgicos á veces, pero comunmente muy dulces, de mirada algo indecisa como la de los miopes, tiene el jefe del partido colectivista la fisonomía de un trastornador de ideas. Como acontece, en su casa no parece este hombre lo que él cree ser. Este apóstol del socialismo científico es más artista que sabio. Con el fuego y el ardor de un místico de la idea os explica el plan de la sociedad futura que él vé fundada ya, y os describe con cierto lirismo la tierra de promision en la que él sueña introducir la Humanidad.

Sin embargo, al poco rato, la voz se le pone estridente; adivinase el ser nervioso agitado por trepidaciones interiores, irritado por los obstáculos que encuentra y las injusticias que ha experimentado, y se comprende la antipatía que ha inspirado á las personas medianas que toleraban difícilmente la superioridad que sobre ellas tenía.

Las condiciones en que se ha desarrollado el escritor explican los defectos de que adolece. Su padre era un profesor libre, muy conservador, católico práctico, que educó por sí mismo á su hijo en una casa quieta del Barrio de Saint-Louis. Guesde no pasó pues por el colegio, que no tiene más ventaja—dado el nivel moral de la Universidad—que ser una escuela admirable para formar el carácter, para aprender, recibiendo y dando puñetazos, á vivir con los hombres. Tiene de su padre la rectitud y también la necesidad de dominio del pedagogo, el hábito de las afirmaciones terminantes y que nadie puede contradecir; de hecho, á pesar de una elocuencia real y que ejerce accion sobre la multitud, es un maravilloso profesor de ciencia social más que un agitador callejero.

Dícese que M. Rosny intentó pintar á Brousse en el *Bilateral*. Guesde es un *Unilateral*; sigue su razonamiento con lógica inflexible, pero no sospecha que las cosas, como las